

# SAN DÁMASO

## PAPA ESPAÑOL Y LOS MÁRTIRES

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE DE 1943

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

RDO. DR. D. JOSÉ VIVES

EN LA

### REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADEMICO NUMERARIO

DON J. ERNESTO MARTÍNEZ FERRANDO

DIRECTOR DEL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN



BARCELONA

EDITORIAL BALMES

1943

SAN DÁMASO  
PAPA ESPAÑOL Y LOS MÁRTIRES

# SAN DÁMASO

## PAPA ESPAÑOL Y LOS MÁRTIRES

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE DE 1943

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

RDO. DR. D. JOSÉ VIVES

EN LA

### REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DON J. ERNESTO MARTÍNEZ FERRANDO

DIRECTOR DEL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN



BARCELONA

EDITORIAL BALMES

1943

(CON CENSURA ECLESÍASTICA)

---

J. M. VIADER - Impresor  
San Felín de Guizols (Gerona)

Excmos. e Ilmos. Sres.:  
Sras. y Sres.:

Por el honor que se me va a conceder hoy de que mi nombre comience a figurar en la lista de las esclarecidas personalidades que durante más de dos siglos han ilustrado con su virtud y su ciencia esta benemérita Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, he de manifestar, ante todo, mi profundo agradecimiento a todos los señores académicos que han querido premiar con mi nombramiento de académico más que mi modesta labor científica, que es escasa y de ninguna trascendencia, mi buena voluntad y mi interés, que es muchísimo mayor, por lo que han hecho y hacen en España en el campo de los estudios históricos cuantos investigadores lo han cultivado y cultivan para honra y prez de nuestra patria.

Vengo a ocupar el puesto del P. Faustino Gazulla, mercedario, una de aquellas esclarecidas personalidades, de quien es justo diga unas palabras de elogio, no sólo para dar cumplimiento al precepto reglamentario, sino también, y principalmente, impelido por sentimientos de afecto y admiración a un hermano de sacerdocio, que tan alto supo poner el distintivo del hábito que vestía.

Casi niño, a los 15 años, en 1879, entró ese castizo aragonés, originario de tierras de Teruel, de Muniesa, en la ínclita orden fundada en nuestra ciudad condal por San Pedro Nolasco, y a ella dedicó con amor filial y ardiente entusiasmo toda su vida de joven, de sacerdote, de religioso, de sabio, de académico. Pregonar las glorias de la Orden de la Merced y de su celestial fundadora la Virgen santísima fué su ideal caballeresco, la meta de todos sus afanes. Este ideal le indujo a que, ya durante sus años de estudios humanísticos, flo-

sóficos y teológicos en los conventos de Ntra. Sra. del Olivar y de Lérida se aficionara a la investigación histórica, y así se comprende que, casi recién ordenado de sacerdote, a los 25 años de edad, año 1904, dejara terminado para la imprenta su primer trabajo histórico: «Los reyes de Aragón y la Purísima Concepción», de tal valor científico que esta docta Real Academia lo juzgó digno de publicarlo en los fascículos de su Boletín del año 1905<sup>1</sup>, y le otorgó implícitamente, con tal distinción, el preciado título de historiador o investigador, que le había de abrir en adelante las puertas de las más altas instituciones, reuniones y centros de publicaciones histórico-científicas. Por esto, pronto, en 1908<sup>2</sup>, pudo hacer oír su autorizada voz en el primer Congreso de Historia de la Corona de Aragón, enfrentándose en animada discusión con el ya experimentado historiador Sanpere y Miquel, lo mismo que en los dos siguientes de 1920 y 1923, y nuestra Real Academia de Buenas Letras, al igual que la Real Academia de Historia, de Madrid, lo recibieron como miembro titular o correspondiente, y una serie de revistas de Madrid, Barcelona, Gerona, Castellón, Valencia y otras ciudades quisieron honrar sus páginas publicando los trabajos del sabio mercedario, que laboraba incansable en su trabajo.

Desde 1905, en que dió a luz su primer estudio, todos los años sin interrupción ofrece nuevas aportaciones a la ciencia histórica sobre los más variados temas, pero siempre en relación más o menos directa con su Orden de la Merced; ya sea para ensalzar a su celestial patrona, como en el ya mencionado estudio sobre «*Los reyes de Aragón y la Purísima*» y en otro dedicado a su magnífico santuario de la ciudad condal<sup>3</sup>; ya estudiando la misma Orden, en sus relaciones con Jaime I o con la guerra de la Independencia, ya en biografías de sus santos o religiosos ilustres, como en la Vida de Santa María de Cervelló<sup>4</sup>, fundadora de la Orden mercedaria para mujeres, o de los mercedarios miembros de esa Real Academia, Padres Ribera, Mora, Mudarra, etc.<sup>5</sup>; ya investigando el historial de sus con-

<sup>1</sup> «Boletín Real Acad. Buenas Letras» (Barcelona 1905), 116 págs.

<sup>2</sup> Congreso de Historia de la Corona de Aragón (Barcelona 1909), I, págs. 327-288: *D. Jaime I de Aragón y la Orden de Ntra. Sra. de la Merced*. Aludido por Sanpere y Miquel, Gazulla defendió brillantemente la autenticidad de uno de los principales documentos aducidos en su discurso. Sobre la discusión entablada, véase, vol. I, p. 27 y vol. II, págs. 369 ss.

<sup>3</sup> *La patrona de Barcelona y su santuario* (Barcelona 1918).

<sup>4</sup> Trabajo citado en nota 2; *Los mercedarios en Gerona durante la guerra de la Independencia* «Rev. de Apostolado seglar» (Gerona 1908); *Vida de santa María de Cervelló* (Barcelona 1909).

<sup>5</sup> *El M. R. P. Fr. Manuel Ribera. Su vida, sus obras* «Rev. Arch. Bibl. y Museos» 18 (1908) 108-117.

ventos, como el de Ntra. Sra. del Puig y el de Játiva<sup>6</sup>; ya en una larga serie de opúsculos sobre moros y cristianos cautivos y su redención. Todos estos y otros muchos trabajos, que sería prolijo enumerar<sup>7</sup>, eran en realidad los materiales de preparación para su obra cumbre: «*Historia crítica de la Orden de la Merced*», cuyo primer tomo apareció en 1934 y cuya continuación hubo de dejar (por haberle sobrevenido prematura muerte) entre sus papeles inéditos.

Era natural que la Orden mercedaria, a la que están dedicados todos estos estudios, le otorgara los más distinguidos honores y le confiriera cargos de gran responsabilidad. En 1911 era nombrado Provincial de Aragón, poco después procurador en la Curia romana, y sucesivamente Vicario General de la Orden, Definidor en el Capítulo general y Cronista general de la Merced, cargo, sin duda el máspreciado para el hombre de letras.

El P. Gazulla, erudito y sagaz historiador, ejemplar sacerdote y religioso, fué también académico fiel y amante del lustre de esa Corporación. Desde que en 1919 recibió la honorífica medalla, después de leer su discurso reglamentario: «*Jaime I y los Estados musulmanes*», frecuentemente en los años siguientes, según se puede ver en la Crónica de la Academia, tomó parte activa en sus sesiones ordinarias y extraordinarias de la Institución, disertando o dando interesantes síntesis de los resultados obtenidos en sus pacientes investigaciones, principalmente en sus búsquedas siempre fructuosas por los registros, pergaminos y legajos de nuestro glorioso Archivo de la Corona de Aragón. Permítaseme recordar algunas de sus intervenciones: En 1921 leía una «*Refutación de un libro titulado San Raimundo de Penyafort, fundador de la Orden de la Merced*», del P. Vacas, tema que habría de ser objeto de apasionadas polémicas; el año siguiente, parte de una monografía sobre la Universidad de Lérida. En 1923, en varias sesiones, habla de «*La Corona de Aragón y los estados musulmanes*» y especialmente de Jaime I y Pedro el Grande, y de sus relaciones comerciales y diplomáticas con los soberanos del Norte de Africa. En 1928 se encarga del discurso inaugural del curso académico y diserta sobre «*La Redención de cautivos entre los musulmanes*» y, en los dos años sucesivos, habla de «*La historia del corso y de la piratería*» o de «*Los cautivos cristianos en la*

<sup>6</sup> *El Puig de Santa María*: III Congreso de la Historia de la Corona de Aragón (Valencia 1923) II, págs. 593-654; *Los mercedarios en Játiva durante el siglo XIII* «*Játiva turista*» 1 (1927) nn. 6 y 7.

<sup>7</sup> *La Orden del Santo Redentor* «*Bol. Soc. castellonense Cultura*» 9 (1928) 204-212; *La Orden de la Merced se fundó en 1218* (Roma 1918).

*guerra de fronteras*». En fin, en 1929, para hacer más patente su amor a la Academia, le regala casi toda su biblioteca.

La muerte del P. Gazulla, acaecida en 23 de marzo de 1938 a consecuencia de un accidente desgraciado de guerra, dejó, pues, un vacío en la Real Academia de Buenas Letras, que en ninguna manera he de poder llenar adecuadamente, aunque serán muy grandes mis esfuerzos y mi interés por la vida académica y por las empresas científicas de la Corporación que tan benévolamente me brinda el apoyo y todas las facilidades para ello.

Y paso ya a la exposición del tema de mi discurso reglamentario. Había pensado hablar en esta sesión de las características de las inscripciones cristianas españolas, glosando la síntesis de los resultados obtenidos en el libro ya publicado, sobre ellas; tema que, por ofrecer cierta novedad en nuestra patria, podía suplir discretamente la amplitud y profundidad de conocimientos científicos que echo de menos para poder hablar holgadamente ante los miembros de esa docta Corporación.

Pero un trabajo sobre epigrafía cristiana es más para ser leído reposadamente en la mesa de estudio, teniendo a mano además numerosas ilustraciones, que para ser escuchado rápidamente en una peroración académica. Por esto, aun sin salirme del todo del campo de mis estudios predilectos sobre epigrafía, he preferido enlazarlos con algunas notas biográficas sobre una de las grandes figuras de nuestra historia de la época romano-cristiana.

España romana dió en el siglo IV a la metrópoli del Imperio el más grande de los emperadores, el más grande de los papas y el más grande de los poetas. Llamóse aquél Teodosio el Grande, el que consolidó el triunfo del Cristianismo desterrando del senado el último símbolo de la tradición pagana, el áurea figura de Minerva. El segundo tuvo por nombre Dámaso, que se propuso principalmente tributar el honor y gloria merecidos a los héroes de la nueva fe, enalteciendo el culto a los mártires, y el tercero nombróse Aurelio Prudencio, el Píndaro cristiano, el cantor de esos atletas de Cristo, que vino a coronar dignamente la obra de su compatriota el santo pontífice.

Como sacerdote y al mismo tiempo escudriñador de la antigüedad cristiana me ha parecido a propósito hablaros del sumo pontífice, del patrono de la arqueología cristiana, San Dámaso, a quien puedo atribuir mi segunda vocación, la de los estudios arqueológicos.

En el año 1925 hallábame en la plácida ciudad de Friburgo, la helvética, ampliando en su Universidad los estudios de patrología y antigüedad cristiana, cuando el papa Pío XI, de feliz memoria, para dejar perenne recuerdo del año santo que entonces con tanto esplendor se celebraba, determinó fundar de planta un Pontificio Instituto de Arqueología cristiana. Escogió intencionadamente el día 11 de diciembre, fiesta de San Dámaso, para firmar el *Motu proprio* con que lo creaba, declarando al santo pontífice español, su remoto predecesor, patrono de las catacumbas y de aquella sagrada ciencia.

Ya unos meses antes había confiado la organización inmediata y erección efectiva del proyectado instituto a Monseñor Juan P. Kirsch, distinguido investigador y conocedor de la antigüedad cristiana, entonces profesor mío en la antes mencionada universidad suiza. Deseaba Pío XI que, ya al empezar el primer curso, hubiera un alumno cuando menos de cada una de las grandes naciones que integraron el antiguo imperio romano occidental. Por esta razón fui invitado personalmente por mi profesor Mons. Kirsch a formar parte de la naciente institución para que hubiera un alumno español. Tan pronto como empezaron los cursos, que desde el primer momento iban dirigidos a formar investigadores, escogí como principal tema de estudio el de los epigramas damasianos, obra la más conocida del santo pontífice hispano.

Permitidme, pues, que en esta ocasión, en que me veo obligado a hacer un discurso, os hable de este santo patrono de mis estudios predilectos, rindiendo así homenaje a un excelso compatriota quizá no tan conocido ni honrado en su patria, que es la nuestra, como en realidad merece.

Dámaso\* vió la primera luz en nuestra península en el primer decenio de la cuarta centuria (años 305-306). Cualquiera de las provincias, ciudades o pueblos de la antigua Hispania podría con igual derecho reclamar para sí el alto honor de haberlo visto nacer, ya que la historia avara no nos ha dejado absolutamente noticia alguna digna de ser tenida en cuenta referente a este particular, ni él, que nos legó tantas notas biográficas sobre otros santos y mártires, se interesó jamás por transmitirnos ésta tan deseada, quizá porque creía, según se complace en manifestar repetidas veces, que, para el

\* Después de algunos meses de haber presentado este discurso a la Academia, pero antes de que fuera leído e impreso, llega a nuestras manos el importantísimo estudio de nuestro amigo A. Ferrua, *Epigrammata Damasiana: Sussidi allo studio delle Antichità cristiana*, II (Roma 1942). No hemos querido modificar, después de haberlo leído, lo escrito en el texto del discurso, pero si lo hemos aprovechado en las notas.

cristiano, el derecho de ciudadanía se adquiere más que por el lugar de nacimiento por el de la muerte, que es el verdadero natalicio para la patria celestial<sup>8</sup>.

Pero de que Dámaso era español tenemos un testimonio fehaciente y del más grande valor histórico, ya que lo afirma como cosa conocida e incontrovertible la crónica oficial de los obispos de Roma, el llamado «Liber Pontificalis», redactado en la primera mitad del siglo VI a base de la documentación conservada en los archivos papales de la ciudad eterna. Con razón observó Harnack<sup>9</sup> que las noticias de este venerable libro sobre el origen de los papas jamás han sido objeto de controversia y mucho menos para los del siglo IV cuando los archivos papales estaban ya perfectamente organizados.

En efecto, dicha crónica oficial de la Iglesia dice taxativamente: «Damasus natione spanus, ex patre Antonio, sedit annis XVIII, mensibus III, diebus XI» Dámaso, español de nación, cuyo padre llamábase Antonio, se sentó (en la silla pontifical) dieziocho años, tres meses y once días<sup>10</sup>.

La afirmación no puede ser más clara y precisa; sin embargo en los últimos siglos, desde el Renacimiento para acá, no pocos historiadores de renombre la han combatido con razonamientos poco sólidos. En la reciente y muy valiosa «Histoire de l'Eglise» de Augusto Fliche y Victor Martin, el docto profesor Palanque sostiene que Dámaso muy probablemente era de origen romano, aunque el «Liber Pontificalis» lo declare español, ya que procedía, como los papas de su tiempo, Liberio, Félix, Siricio, de la curia eclesiástica romana, es decir del colegio de diáconos, que venían a formar un senado, comparable al de la Roma republicana<sup>11</sup>. Pero para que esta

<sup>8</sup> Hablando de los apóstoles Pedro y Pablo, que los orientales reclamaban como compatriotas suyos, dice Dámaso: «Discipulos Oriens misit, quod sponte fatemur: sanguinis ob meritum Roma suos potius meruit defendere cives» IMM, *Damasi epigrammata* (Leipzig, Teubner 1895) n. 26 (nos referiremos siempre, de no advertir lo contrario, a esta edición, indicando sólo el número de orden del epigrama citado). El mismo concepto en nn. 46 y 52. Ya mucho antes había dicho Tertuliano: «Tunc Paulus civitatis Romanae consequitur nativitatem cum illic martyrii renascitur generositate» *Scorpiae*, 15: PL, 2, 175.

<sup>9</sup> A VON HARNACK, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums* (Leipzig 1924) vol. II, p. 824. Sobre este discutido tema de la patria de Dámaso, véase mi artículo: *Sant Damas compatrici nostre* «Paraula cristiana» 9 (1933) 308-326. Nueva y valiosa documentación contra nuestra tesis ha aducido Ferrua, en el libro citado.

<sup>10</sup> L. DUCHESNE, *Le Liber Pontificalis* (Paris 1886) p. xxiii. Nótese que el «natione Hispanus» consta en las tres recensiones.

<sup>11</sup> *Histoire de l'Eglise depuis les origines jusqu'a nos jours*, vol. III (Paris 1936) pp. 234-35 y nota 2.

Aprovecho aquí la ocasión para rectificar la equivocada interpretación que ha hecho Palanque de lo que escribí en mi citado artículo. Allí dije, y repito ahora, que cualquier ciudad o región de España podía con el mismo derecho atribuirse la gloria de haberlo visto nacer. De ningún modo defendí, pues, particularmente el origen

hipótesis tuviera visos de lógica, debería partir del supuesto de que los diáconos de Roma durante el siglo IV fueron todos naturales de esta ciudad, lo que no sabemos haya sostenido nadie. Por otra parte, en el mismo «Liber Pontificalis» podemos hallar una confirmación de la categórica afirmación antes expresada. En efecto, dicho libro, para los papas romanos de nacimiento, usa siempre la fórmula «natione romanus, de regione ...» es decir, añade la circunstancia de la región o distrito de la urbe de la cual procedían. Nada menos que veintiocho veces emplea esta fórmula. Cómo se explicaría que la dejara de expresar al tratar de nuestro pontífice si éste hubiera nacido en la ciudad eterna? Esto sí, como quieren algunos, el «natione hispanus» sólo significara de padre español.

Los argumentos en que se fundan generalmente los autores que, como Marucchi, quieren dar una interpretación torcida al claro alegato del Pontificalis son los siguientes, que, como vamos a ver, carecen de consistencia, pues todos son dudosos y no ciertos a juicio de sus mismos defensores, y en buena lógica poco valen una docena, un centenar de razones, dudosas todas, contra un documento de tal calidad. He ahí las dos razones fundamentales:

1.<sup>a</sup> Dámaso de niño residió en Roma, pues, según nos cuenta él mismo más tarde, ya pontífice, había oído «cum puer essem» de labios del propio verdugo el martirio de los santos Marcelino y Pedro.

2.<sup>a</sup> Según una interpretación posible de uno de los epigramas damasianos, el padre de Dámaso habría vivido en Roma como lector, diácono y obispo, lo cual implicaría que en esta ciudad hubiera nacido su hijo.

A la primera se puede contestar, naturalmente, que aun interpretando el «cum puer essem» en sentido estricto, niño de cinco a diez años, no cabe en ninguna manera deducir como cierto que Dámaso ya había nacido allí. Su familia pudo muy bien trasladarse a Roma siendo él pequeño.

A la segunda respondemos que la interpretación propuesta es sumamente dudosa o, mejor, poco probable; pero, aun admitiéndola como real, no habría derecho a ponerla en contradicción con lo que claramente nos dice el Pontificalis<sup>12</sup>.

catalán de San Dámaso como, por no haberme comprendido, cree dicho historiador. También Altaner (*Patrologie*, Freiburg 1938, p. 224) me atribuye equivocadamente tal afirmación.

<sup>12</sup> No estaba fijada entonces la edad para los lectores, no era necesario que fueran jóvenes. Nótese que Antonio ya antes habría sido «exceptor» o notario. Como afirma

El discutido texto nos es conocido o conservado no en la lápida original, sino tan sólo en dos copias de manuscritos igualmente antiguos e independientes entre sí. Precisamente discrepan en la palabra, clave de la solución del problema. El uno dice «pater» en donde el otro escribe «puer». Leamos dicho texto<sup>18</sup>:

Hinc <sup>pater</sup>  
puer exceptor, lector, levita, sacerdos,  
creverat hinc meritis quoniam melioribus actis,  
hinc mihi provento Christus, cui summa potestas,  
sedis apostolicae voluit concedere honorem,  
archivis, fateor, volui nova condere tecta,  
addere praeterea dextra levaque columnas,  
quae Damasi teneant proprium per saecula nomen.

Porque aquí el padre notario, lector, diácono, obispo  
de niño, había ido creciendo en méritos por obras mejores,  
porque aquí a mí ya anciano, Cristo, a quien pertenece la suma potestad,  
quiso concederme el honor de la sede apostólica,  
de los archivos he querido, lo confieso, construir nueva cubierta  
y además añadirles columnatas a derecha e izquierda,  
que guarden el nombre de Dámaso por siglos y siglos.

Si en la primera línea leemos «pater» el padre, los dos primeros exámetros se referirían al padre de Dámaso cuyo «cursus honorum»

Marucchi «Nuevo Bull. Arch. crist.» 9(1903) 68: «E certo che gli *exceptores* nella organizzazione ecclesiastica corrispondano ai *notari*, i quali dovevano avere una certa età e non potevano essere fanciulli». En un tiempo en que frecuentemente personas mayores de edad, como San Ambrosio, entraban a formar parte del clero, nada pue de extrañar hiciera lo mismo el padre de Dámaso.

<sup>18</sup> Dada la constante falta de precisión en los epigramas Damasianos, creemos que las dos interpretaciones son bien posibles y no hay manera de probar en forma apodictica cuál sea la verdadera. La lección «pater» ha sido defendida por muchos autores de nota, como De Rossi, Duchesne, Armellini, Ihm y, últimamente, por Ferrua. Aun nosotros la habíamos considerado como la más probable en «Spanische Forschungen» 1 (1928) 94-95. Pero otros autores de no menor categoría, como Wilpert y Harnack, defienden la lección «puer». Ferrua propugna como decisiva la primera lección, porque «sacerdos» no puede significar presbítero. Nosotros creemos lo mismo, pero no vemos dificultad en que, significando *obispo*, se aplique a Dámaso. Precisamente, según hemos dicho, la gradación de dignidades, es perfecta aplicada a Dámaso: lector, diácono, obispo (lector levita, sacerdos). Después, en el verso 3, «sedis apostolicae honorem» no se indica un nuevo grado de orden sagrado, sino la manifestación explícita, en que frecuentemente se complace Dámaso, de que el obispo de Roma llevaba aneja la suma potestad apostólica, el primado. En cambio el «cursus honorum» aplicado al padre resulta contradictorio, pues sabemos que no fué obispo de Roma, y si lo hubiera sido de otra sede, mal se diría de él: «Hinc (es decir en San Lorenzo de Roma) sacerdos». Tampoco ofrece grave dificultad, el que los dos manuscritos den la lección «creverat» en vez de «creveram», pues en el mismo verso, según Ferrua, es muy probable estuviera escrito en el original, *melioribus annis* y no *melioribus actis*, que dan ambos códices.

se detallaría. El exámetro tercero y siguientes se refieren clarísimamente y sin duda posible a nuestro pontífice. Por esto lo más lógico es creer que también a él se refiere el «cursus honorum» del verso primero, y así resulta una gradación seguida y perfecta de honores referentes a un solo personaje: lector, diácono, obispo y sumo pontífice. Hago notar, y no sé lo haya notado nadie, que lo que se consigna en el último verso «que guarden el nombre de Dámaso por siglos» requiere como natural esta última interpretación. Sería, en efecto, poco delicado que Dámaso viniera a decir: porque aquí mi padre fué lector, diácono y obispo y yo sumo pontífice, he querido levantar una columnata que recuerde mi nombre. Lo natural, casi necesario, era consignar: he querido levantar una columnata que recuerde el nombre de mi padre y mío. Cómo iba a prescindir en el último verso y aun en todo el epigrama del nombre de su padre a quien quisiera principalmente recordar en el primer exámetro?

Por otra parte, esta interpretación se compagina perfectamente, según diré, con lo que sabemos positivamente de la familia de Dámaso.

Dámaso nacería, pues, en España de padres cristianos. Su padre, cuyo nombre Antonio nos revela el Liber Pontificalis, sería hispano-romano. Su madre Lorenza, Laurentia, según consta en el epitafio métrico que le dedicó el hijo, pudo ser, conjeturamos nosotros, romana, hija de algún curial del imperio enviado a España. Ahí se uniría en indisoluble lazo matrimonial con Antonio, a quien daría a lo menos dos hijos, que conocemos por su nombre: a nuestro futuro pontífice Dámaso y a la pequeña hermana Irene, celebrada por sus virtudes en otro epitafio damasiano.

Acaecía esto por los años en que la Iglesia católica iba a recobrar una paz duradera con el edicto de Milán, del año 313. En el hogar de las familias cristianas se platicaría frecuentemente de las luchas de los tiempos difíciles y especialmente de la última y más sangrienta de las persecuciones, la de Diocleciano (años 301-304). Dámaso niño o joven se complacía en oír tales relatos. El mismo, ya anciano, nos atestigua que siendo niño «cum puer essem»<sup>14</sup>, según hemos ya apuntado, había oído de labios del verdugo la descripción del martirio de los santos Marcelino y Pedro. Entonces adquiriría la singular devoción y profundo respeto a los mártires que imprimieron en su carácter uno de los rasgos más salientes de su cristiana vida.

<sup>14</sup> *Ihm*, n. 29: «percussor retulit Damaso mihi cum puer essem».

Puesto que oyó de labios del verdugo el relato referente a mártires romanos, hay que dar por seguro que esto ocurría en Roma, en donde se encontraba Dámaso niño. Es natural pensar que ya vivía allí con toda su familia; pero no sería inverosímil que esto pudiera suceder durante una de sus cortas estancias en dicha ciudad en casa de sus abuelos maternos o en ocasión de un viaje más o menos largo de sus progenitores. Tampoco sería desatinado creer que el «cum puer essem» dicho por Dámaso, ya anciano de setenta años cuando menos, pudiera significar joven de quince a dieciocho años, y que, efectivamente, ya entonces viviera en Roma con su madre y hermanos, pero no con su padre que habría muerto en España encomendando en sus últimos momentos a la pequeña Irene a los cuidados del joven hermano. Era natural que al morir el padre en España, la madre Lorenza, romana de nacimiento y con su familia en Roma, decidiera trasladarse con los suyos a esa imperial ciudad. Es, en efecto, muy significativo que, si prescindimos de la problemática lección «pater» del discutido texto de la columnata de San Lorenzo, que antes hemos examinado, nada, absolutamente nada sepamos del padre de Dámaso. Si el primer verso del contravertido epigrama se refiriera, como pretenden algunos, al padre y no al hijo, sería realmente extraño que éste que, según nos consta, tuvo grandísimo interés<sup>15</sup> en preparar una cámara o, mejor, una basílica sepulcral para él y su familia, hiciera depositar en ella los restos de su madre y hermana, pero no los de su padre a quien hubiera dedicado aquel controvertido exámetro. Por esto ya Harnack<sup>16</sup> conjeturó que Antonio, el padre de Dámaso, había muerto en España. Es ésta una hipótesis lógica con la cual se compaginan todas las noticias seguras que, referentes a su familia, podemos sacar de los escritos de Dámaso. Por esto repetimos que carecen de consistencia todos los razonamientos que pretenden desvirtuar la categórica afirmación del Liber Pontificalis concerniente a la patria de nuestro santo pontífice. Lo incierto y meramente posible no puede oponerse a la afirmación categórica de un testimonio fidedigno.

Dámaso, pues, de niño o de joven se trasladó a Roma con su madre Lorenza y con su hermana Irene cuando menos. De estos dos queridos familiares nos legó interesantes noticias en los epigramas

<sup>15</sup> Sabemos por el ya citado Liber Pontificalis que Dámaso estaba enterrado en su basílica (que él había hecho construir) junto a su madre y hermana. Por otra parte nos consta que dichas madre y hermana murieron antes de que se construyera dicha basílica, a la cual, pues, debieron ser trasladados sus despojos mortales.

<sup>16</sup> HARNACK, obra y lugar citados en nota 9.

sépulcrales que les dedicó<sup>17</sup>. La madre vivió piadosamente hasta la edad de noventa años, sesenta después de casada o de viuda, hasta ver la cuarta generación, según dice su epitafio. Irene, siguiendo el ejemplo de su hermano, se consagró al Señor, y por sus virtudes se adelantó a su edad, viniendo a buscarla, a la temprana edad de veinte años, el celestial esposo, que la halló con la lámpara de virgen bien encendida. Dámaso debió amar con particular afecto fraterno a esa pequeña hermana, ya que al morir el mejor «testigo de ese amor», según sus palabras, indudablemente su padre, la encomendó a él.

Poca cosa sabemos de la juventud de Dámaso. Seguramente abrazó muy pronto el estado eclesiástico y frecuentó la mejor escuela de los retóricos de Roma en la que cobró gran afición a la lectura de los clásicos<sup>18</sup>, especialmente a las obras de Virgilio, que debió aprender casi de memoria, a juzgar por las numerosísimas reminiscencias, por no decir plagios, que encontramos en sus composiciones métricas.

Aunque entonces no era obligatorio el celibato para los clérigos, nuestro compatriota, quizá teniendo en cuenta la rígida legislación hispana promulgada en el Concilio de Elvira, quiso adornarse con la angélica virtud y por eso fué llamado por el gran Jerónimo: «Virgen doctor de la virgen Iglesia».

En largos intervalos recibiría las órdenes sagradas menores y mayores. Ya antes, si la lección «puer» del epigrama tantas veces mencionado es la auténtica, habría sido «exceptor» o notario de la Iglesia, adscrito al título de San Lorenzo, de la Cancillería, en donde estarían los archivos, cuyo palacio restauró o reedificó. Con toda seguridad en el año 355 era ya diácono, y, durante mucho tiempo el primero de los siete diáconos de Roma, cargo de primera categoría, ya que, según hemos apuntado, estos diáconos venían a formar el senado del obispo.

Este senado del obispo tenía a su cargo toda la administración

<sup>17</sup> El texto del epitafio de la madre, encontrado por Wilpert, incompleto, dice:

Hic Damasi mater posuit Laur(entia memb)ra  
 quae fuit in terris centum minus [... an]nos  
 sexaginta Deo vixit post foe[dera...]  
 progenie quarta vidit quae [...]

En «progenie quarta», según Ferrua (n. 10) no se ha de entender que Lorenza viera biznietos, sino sencillamente que pasó de los noventa años de vida (cada generación se contaba de treinta años).

Véase el epitafio de Irene en ILM, n. 10; FERRUA, n. 11.

<sup>18</sup> En los versos de Dámaso se perciben imitaciones de Virgilio, Ovidio, Cátulo, Tibulo, Petronio, Stacio, Silvio Itálico, Juvenco, Sedulio y Probo.

eclesiástica. Dámaso, como arcediano, debía proveer al sustento de millares de pobres y velar por centenares de viudas y vírgenes consagradas al Señor. Es bastante conocido el episodio, histórico en el fondo, aunque bellamente desarrollado por el ingenio de Prudencio<sup>19</sup>, referente a uno de los predecesores, el diácono Lorenzo, del siglo III, quien, presentado en juicio al tirano y requerido por éste para que entregara el tesoro de la Iglesia romana, fingió acceder a ello, y compareció después acompañado de una turba de pobres y desvalidos, diciendo al juez: he ahí nuestro tesoro.

Por otra parte durante los años de su diaconado, la Iglesia, aunque después del triunfo constantiniano pudo ampliar y perfeccionar su organización en pro de la evangelización de los pueblos, no se vió libre de graves, gravísimos cuidados. Hubo de sufrir la reacción pagana de Juliano el Apóstata y, lo que era peor, inacabables contiendas heréticas, fomentadas frecuentemente por emperadores cristianos César-papistas. Tiempos difíciles para nuestro Dámaso al presenciar como Constancio, en 355, decretaba el destierro del papa Liberio por no querer éste suscribir una fórmula contraria a la pureza del dogma. El prefecto de Roma, para evitar tumultos, hizo arrestar secretamente al pontífice, que hubo de salir de la ciudad acompañado tan sólo de sus dos fieles diáconos Dámaso y Siricio.

Tiempos, por cierto, no más placenteros los primeros años de su propio pontificado a partir del año 366, ya que una minoría turbulenta, movida por el antipapa Ursino, no quiso acatar su legítima elección, y le movió constantes y graves insidias<sup>20</sup>. De todo supo triunfar con prudencia y constancia. Nadie duda que Dámaso ha sido una de las grandes figuras del papado; por lo menos la más grande del siglo IV. Título suyo de gloria es el haber ensalzado y vindicado el prestigio y la primacía de la sede romana. El fué quizá el primer pontífice que tuvo plena conciencia de los grandes privilegios otorgados por Cristo al sucesor de Pedro por los siglos de los siglos y los proclamó, según se dice, en el sínodo del año 382. En los numerosos y serios conflictos surgidos durante su pontificado en Occidente y en Oriente interviene siempre como obispo de la por él llamada «Sede apostólica», que tiene el derecho de hacer oír su voz y de hacer acatar sus decisiones en todo el orbe cristiano. Así, por ejemplo, en el Concilio de Constantinopla contra Eumonio y Macedonio.

<sup>19</sup> Aurelio PRUDENCIO, *Peristephanon*, X: himno de San Lorenzo.

<sup>20</sup> Sobre estas incidencias tenemos una relación contemporánea muy detallada, pero partidista en favor de Ursino: PL, 13, 81-407; CSEL, 85, 1-41.

Battifol, en un documentado estudio<sup>21</sup>, ha puesto de manifiesto que en los escritos del Dámaso es donde se encuentra por primera vez aplicado como distintivo a la sede romana el calificativo de «Sede apostólica».

Imprecedera gloria suya será igualmente el haber fijado para siempre en el citado sínodo 382 el canon de los libros sagrados y el haber encargado al magno doctor, San Jerónimo, una nueva recensión o edición del Nuevo Testamento, trabajo que dió origen a la versión total de la Vulgata, que tanta utilidad había de reportar a la Iglesia, aunque en su tiempo tuvo no pocos contradictores. La protección del papa, no cabe duda, debió contribuir grandemente a enaltecer la autoridad del gran escriturista, quien, ya sea por la envidia que siempre suscita el mérito, ya por su carácter algo áspero<sup>22</sup>, se había creado una pléyade de rencorosos enemigos, que, a la muerte del pontífice protector, le atacaron despiadadamente, obligándole a salir de Roma y a refugiarse en Palestina.

Pero la mayor gloria de Dámaso, a lo menos para las generaciones modernas, la que le caracteriza entre los papas, es el haber sido el primero y magno «cultor martyrum», el gran promotor del culto a los mártires por medio de las letras y de las artes: Dámaso poeta y arqueólogo, patrono, según he dicho, de la Arqueología sagrada.

Dámaso, es verdad, no fué un poeta, un literato en el estricto sentido de la palabra, como por ejemplo Prudencio; pero no solamente sus epigramas sino también y principalmente su amistad y correspondencia con el erudito polígrafo Jerónimo nos manifiestan su amor y entusiasmo por las letras, por las cosas del espíritu. Fué nuestro clarividente papa el primero que se hizo cargo del valer de aquel coloso de la cultura eclesiástica, el futuro solitario de Belén.

El le acuciaba para que emprendiera un trabajo sobre Didimo el Ciego y tradujera al latín las homilias de Orígenes para que pudiera él saborearlas. La tradición quiere que Jerónimo fuera el secretario de nuestro papa. Lo cierto es que en 382, cuando Jerónimo regresaba a Roma, le encomendó la respuesta a numerosas consultas sinodales que recibía de Oriente y de Occidente<sup>23</sup>. Al mismo tiempo le exponía dudas y dificultades concretas sobre las Sagradas Escrituras. En una epístola (la XIX de la colección de las de Jerónimo) solicita la ex-

<sup>21</sup> *Papa, sedes, apostolatus* «Riv. Arch. cristiana» 2 (1925) 104-105.

<sup>22</sup> F. CAVALLERA, *Saint Jérôme* (Louvain 1922) p. 88.

<sup>23</sup> Jerónimo en su epístola cxxiii (ed. Hilberg: CSEL, 56, 82): «Cum in chartis ecclesiasticis iuvarem Damasum, Romanae urbis episcopum, atque Orientis atque Occidentis synodicis consultationibus responderem».

plicación del «Ossanna»; en otra (ep. XXI), la de la parábola del hijo pródigo, correspondiendo a ellas el sabio exegeta con sendas epístolas en que se hace patente su reconocida maestría. Una muestra, un indicio de la delectación con que Dámaso oía platicar sobre las Sagradas Letras la encontramos en la sabrosa carta XXV, en que dice textualmente: «neque ullam puto digniorem disputationis nostrae confabulationem fore quam si de scripturis inter nos sermocinaremur, id est, ut ego interrogem, tu respondeas, quae vita nihil in hac luce puto incundius, quo animae pabulo omnia mella superantur, *quam dulcia*, inquit propheta, *gutturi meo eloquia tua super mel ori meo*<sup>24</sup>».

Y paso ya a hablar más particularmente de sus composiciones poéticas, de sus lapidarios epigramas que, según hemos dicho, no nos revelan un poeta, pero que tampoco merecen el desprecio con que han sido tratados por algunos críticos modernos. Por algo le llamó San Jerónimo: «Elegans in versibus componendis ingenium habuit».

Para enjuiciar debidamente estas cortas composiciones se han de tener en cuenta, como ya observó Stornaiolo, varias circunstancias: el tiempo en que fueron escritas, época de transición y de escaso gusto. Además, añadimos nosotros, que en realidad era un género nuevo sin modelos que sirvieran de guía, pues aunque eran bien conocidos y muy usados los «elogia funebra» o epitafios métricos sepulcrales en loor de los difuntos, no se habían compuesto en loor de los mártires que habían perdido la vida por la fe muchos años y aun algún siglo antes. Por otra parte se ha de considerar que estos epigramas no fueron escritos para ser reunidos en un volumen de poesías, como por ejemplo los himnos de Paulino de Nola o de Prudencio, autores casi contemporáneos, y así el poeta no cuidó nunca de acoplarlos en una edición, cosa que hoy dificulta enormemente la identificación de todos los que de verdad le pertenecen. Esta consideración hace desaparecer uno de los defectos más visibles en las compilaciones modernas de dichos epigramas. Causa en efecto penosísima impresión encontrar tan repetidas las mismas frases y los mismos conceptos. Veamos algunas:

*Tempore quo gladius secuit pia viscera matris*, repetido en 13, 30, 37, 43 y 46, para decir: *en tiempo de persecución*.

*mira fides rerum*: cosa admirable, en nn. 2, 8 y 46.

<sup>24</sup> Epístola de Dámaso publicada entre las de Jerónimo, Ep. xxv; CSEL, 54, p. 265.

o frases muy parecidas:

tulerat quae ex hoste tropaea, n. 1  
sumpsit qui ex hoste tropaea, n. 7  
portant qui ex hoste tropaea, n. 12

servat qui altaria Christi, n. 12 y 31  
servas qui altaria Christi, n. 52  
servat quod membra piorum, n. 49

Pero esta mala impresión cambiará notablemente si pensamos que los epigramas-inscripciones se hallaban dispersos en lugares muy apartados unos de otros, en rincones de las profundas criptas catacumbales, y que su único objeto fué iluminar, avivar y fomentar discretamente la piedad de los fieles. Como resultaba difícil leer varios en la misma jornada, desaparecía en su lectura el monótono sonsonete de sus repeticiones y resplandecía su majestuosa sencillez y unción profunda, que cautivaba el ánimo de los piadosos visitantes.

Seguramente que Dámaso, entusiasta admirador de Virgilio, debióse dar cuenta del antiestético defecto de las repeticiones y tuvo cuidado en no colocar en una misma cripta o basílica epigramas demasiado parecidos. Así vemos que son muy diferentes los dos que se encontraban en la llamada cripta de los papas (nn. 12 y 13 de Ihm), lo mismo que el otro par que decoraba la basílica de San Silvestre en la catacumba de Domitila, o los tres del cubículo de los Santos Crisanto y Daría y, por fin, los otros tres de la cámara sepulcral de la propia familia.

No será ocioso recordar que en las inscripciones sepulcrales y monumentales de la antigüedad clásica era corriente emplear repetidamente ciertas fórmulas ya consagradas y rituales. No debemos, pues, recriminar demasiado que Dámaso hiciera lo propio cuando debía expresar los mismos pensamientos, como se le hacía imprescindible al querer promover con sus composiciones la devoción a los mártires, de los cuales se tenían poquísimos y confusos datos históricos.

Por esto, desde el punto de vista literario, sus mejores composiciones son, sin duda, las dedicadas a otros temas: la oda en loor del salmista David o del fogoso Apóstol de las gentes, composiciones que debían encabezar manuscritos con los salmos o las epístolas de los dos mencionados autores sagrados, y, especialmente, los epigramas familiares. He ahí el que escribe a un, seguramente fingido, amigo para que se aparte de las lecturas profanas:

Tú, Títiro, sentado a la sombra segura de Cristo  
modulas con cántico sacro las letras divinas;  
no sigues con vana afición engañosas fábulas.  
Aquéllas procuran la gloria de una feliz vida,  
a éstas les siguen en pos perennes penares.  
Por esto, te guardes, hermano, de vanas quimeras;  
no sea te traguen los antros del tético infierno.  
Mejor es, aspiras el hálito de libros sagrados,  
que sacian con castos manjares nuestras entrañas.  
La gracia de Cristo te guarde por siempre en salvo<sup>25</sup>.

Muy probablemente en el Títiro virgiliano de estos exámetros se escondía el mismo Dámaso, que quiso con estos versos reprocharse su excesiva afición a literatura pagana. Precisamente otro de los defectos literarios de sus composiciones es el de valerse con demasiada profusión de frases y giros de autores clásicos, especialmente del vate de Mantua.

He ahí su propio epitafio, traducido libremente:

El que reprimiera del piélago las tumultuosas olas,  
el que a las semillas que mueren en tierra, presta la vida,  
el que pudo romper de la muerte los lazos fatales  
y después de mortales tinieblas, pasados tres días,  
devolver a Marta, la hermana, el hermano viviente,  
confío hará de las yertas cenizas resurgir a Dámaso<sup>26</sup>.

Y he ahí, por fin, como muestra, uno de los epigramas dedicado a los mártires:

Cuenta la fama que los padres santos de Inés referían  
que, al lanzar la trompeta los fatídicos toques de persecución,  
dejó, aun niña, súbitamente las caricias de la madre  
y espontáneamente desafió las amenazas y la rabia del tirano.  
Como éste quisiese entregar cuerpo tan noble a las llamas,  
superó ella el inmenso terror con débiles fuerzas:  
desnuda, esparció por sus miembros la profusa cabellera  
para que ojos mortales no vieran aquel templo del Señor.  
Oh para mí venerable, pura, santo modelo de pudor;  
te ruego, inclita mártir, favorezcas las preces de Dámaso<sup>27</sup>.

Pero, aparte su valor literario, tan discutido como se quiera, se adornan estos epigramas con otras bellísimas cualidades. Sobre todo

<sup>25</sup> IHM, n. 8; FERRUA, n. 2. Según Ferrua este epigrama es atribuido a Dámaso sin razón suficiente. Además, coloca entre los pseudodamasianos los epigramas dedicados a David y a San Pablo.

<sup>26</sup> IHM, n. 9, FERRUA, n. 12.

<sup>27</sup> IHM, n. 40, FERRUA, n. 37.

INSCRIPCIONES DAMASIANAS



Fig. 1.—En honor de Santa Inés.  
(tipos filocalianos del segundo periodo).

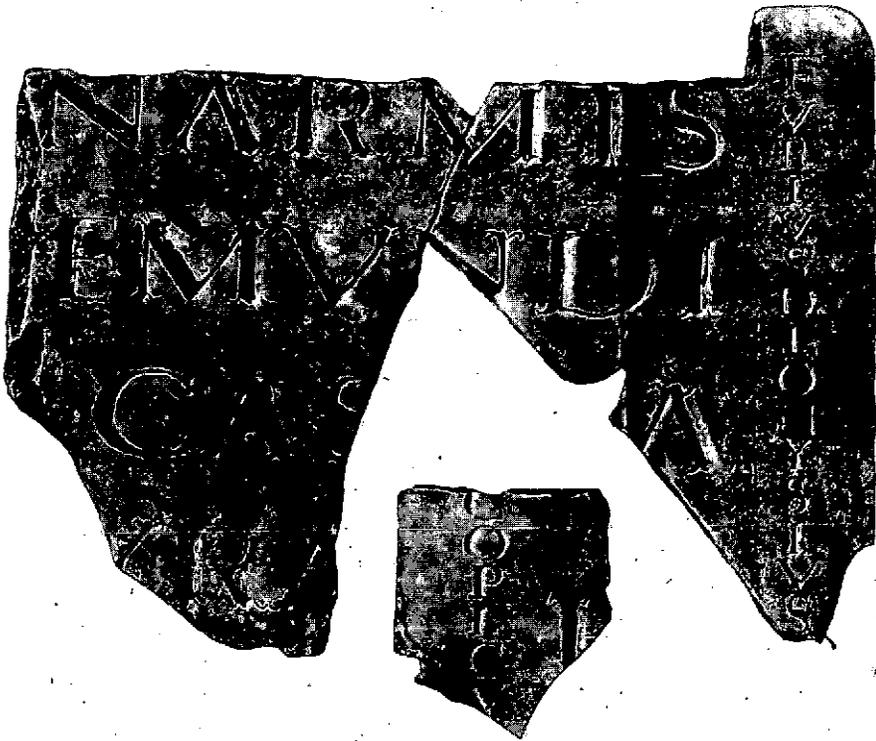


Fig. 2.—En honor de un mártir desconocido (fragmento).  
Signatura del artista: FURIUS DIONYSIUS [FILOCALUS SCRIPSIT].  
(tipos filocalianos del mejor tiempo).

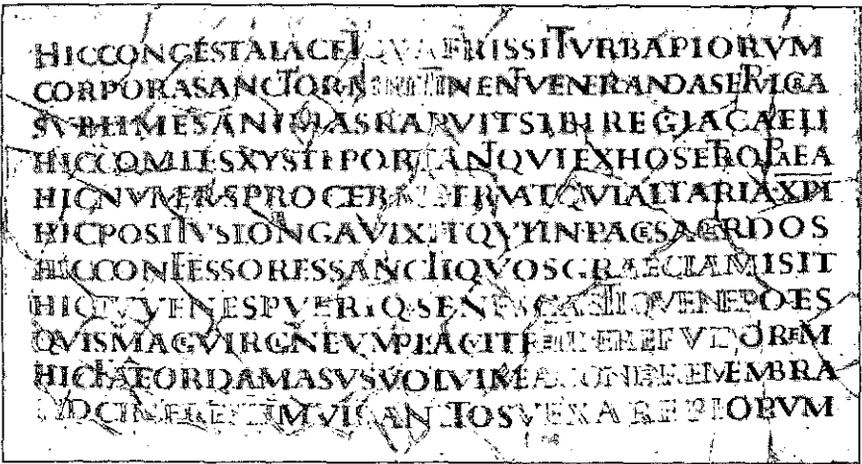


Fig. 3.—Inscripción en la cripta de los papas.  
 (tipos floccalianos del mejor tiempo).

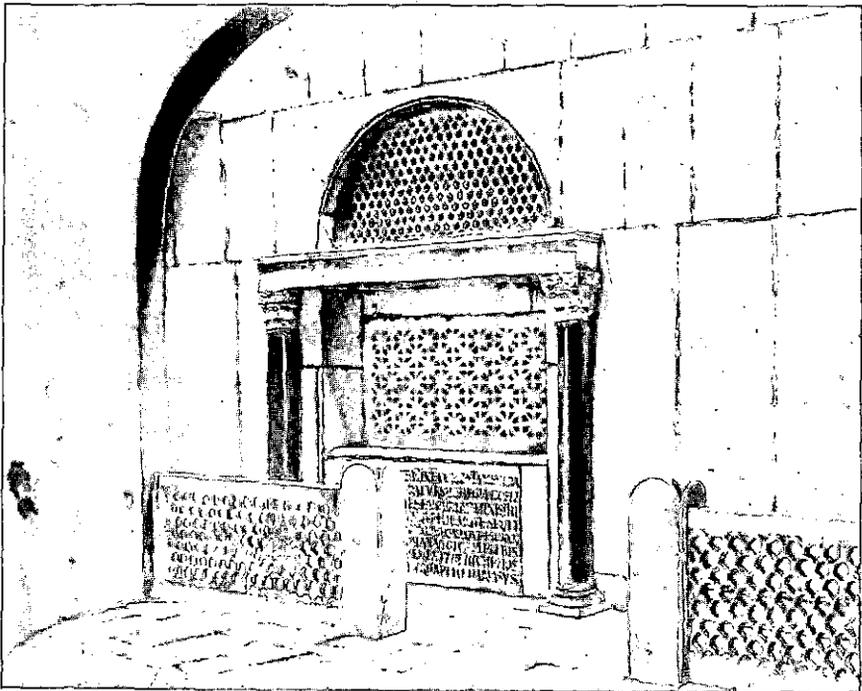


Fig. 4.—Reconstrucción ideal de la cripta y altar en honor de los Santos Felicísimo y Agapito, obra de San Dámaso.

ofrecen una vivísima pintura de la profunda devoción y noble entusiasmo del santo pontífice por los héroes de la fe, a quienes supo honrar en la justa medida, reservando con adecuado sentido teológico el culto supremo para Cristo redentor.

En sus tribulaciones, inherentes a su cargo, acude solícito al auxilio de los mártires haciéndoles votos, que cumple gozoso al reconocer atendidas sus plegarias. Así la dirigida a la joven doncella Inés, que acabo de leer. En forma parecida a Tiburcio:

care Deo, ut foveas Damasum precor, alma Tiburti.

caro a Dios, que favorezcas a Dámaso te ruego, santo Tiburcio.

Pero para que una devoción exagerada a los mártires no desvía-se la piedad de los fieles, Dámaso procura que Cristo esté siempre presente. Confesando a Cristo es como alcanzan el cielo emperador Félix y Adaucto, Juan y Pablo, y los sesenta mártires; o triunfan Nereo y Aquileo, Felicísimo y Agapito, Félix y Felipe. Los mártires, en sus tumbas, son guardianes de los altares de Cristo (nn. 12, 31, 52, 58). De los 36 epigramas, conservados casi íntegros, dedicados a mártires, veintiséis llevan el nombre de Cristo, algunos más de una vez. La misma proporción encontramos en los dedicados a los fieles. Especialmente en los más íntimos interviene, dominante, tan santo nombre. Irene, la dulce hermana, se ofrece de joven a Cristo; Lorenza, la madre, vive 60 años a él consagrada; Cristo, en quien reside el sumo poder, concede a Dámaso el honor de la sede apostólica; a Cristo dedica la basílica que lleva su nombre unido al de San Lorenzo (San Lorenzo in Damaso); cuando hace votos a los mártires para la unión de los clérigos disidentes, es *praestante Christo* que obtiene el triunfo, y es de Cristo, que vivifica las simientes y devolvió la vida a Lázaro, de quien Dámaso espera la resurrección de sus cenizas.

Los epigramas damasianos tienen además inestimable precio como documentos histórico-hagiográficos, no obstante la vaguedad de que adolecen sus noticias. Es cosa sabida que al tiempo del perseguidor Diocleciano fueron quemados los archivos de la comunidad cristiana de Roma con casi todos los documentos referentes a los numerosos mártires de la ciudad eterna, la cual, por este motivo, no ha podido ofrecer a la posteridad actas auténticas de martirio como tantas otras ciudades del imperio; como, por ejemplo, Cartago, puede presentar las proconsulares de San Cipriano, o nuestra imperial Tarragona, las de Fructuoso, Augurio y Eulogio.

Por esta razón tienen tanta importancia las referencias de las elegantes inscripciones damasianas, aunque relativamente escasas y frecuentemente envueltas en un velo de oscuridad y misterio; pues sabemos que son narraciones de una sinceridad indubitada e indubitable.

Prueba de ello es que Dámaso acostumbró usar de una gradación cuidadosa y atenta de fórmulas para indicar la mayor o menor certeza o incerteza de sus noticias tan lacónicamente registradas en sus elogios sepulcrales. Corrientemente afirma, narra o escribe como de cosas que considera sabidas de todo el mundo (13, 14, 17); no pocas veces exhorta a los lectores para que den fe a sus dichos con frases como éstas: *cognosce* (n. 53), *cognoscite* (nn. 7, 42), *cognoscere debes* (n. 26), *discite* (n. 41). Del martirio de los santos Pedro y Marcelino, según hemos ya recordado, nos hace saber que lo había oído contar, de pequeño, de labios del propio verdugo. Del papa Marcelo, muerto cuando él era todavía niño, dice: *haec voluit brevitar Damasus comperta referre*: estas cosas indagadas ha querido Dámaso referir brevemente; del papa Marco, fallecido cuando Dámaso contaba unos treinta años, añade *quem novimus omnes*; a quien todos hemos conocido. Cuando no está seguro, lo manifiesta claramente: *fama refert*: cuenta la fama (nn. 40, 52), *fertur, haec audita refert Damasus* (n. 37): Dámaso cuenta lo que ha oído, etc.

Creo que Dámaso no pretendió en la mayor parte de sus elogios, hacer un resumen hagiográfico completo de la vida de los mártires celebrados, por no considerarlo necesario para el fin que se proponía, ni intentó precisar pormenores que tanto hubieran complacido a los investigadores de nuestro tiempo. No hizo ni podía hacer labor crítica. Será pues posible constatar en ellos algunos errores históricos; pero podemos estar seguros que lo que él dice es lo que se creía en su tiempo y que de ninguna manera se atrevió a fantasear o amplificar, como con tan malhadada piedad, lo hicieron no pocos nada escrupulosos hagiógrafos de los siglos quinto y sexto.

De hecho constatamos una manifiesta equivocación en el epigrama de San Hipólito, el cual se nos presenta como secuaz del cisma de Novaciano. Sabemos que Hipólito, el famoso autor de los *Philosophoumena*, daba mucho que hacer a los pontífices romanos por los tiempos de Ceferino, año 216, a Ponciano, año 235, mientras que Novaciano no se dió a conocer hasta el pontificado de Cornelio, años 251-53; cuando Hipólito había ya muerto; pero; precisamente en este epigrama vemos usadas las prudentísimas fórmulas: *fertur*: se cuenta, y *audita refert Damasus*: Dámaso cuenta lo que ha oído decir.

En cambio son muchas y muy importantes las noticias inéditas que nos han conservado los versos de nuestro pontífice. Sería necesario, para hacerlo ver, un comentario a cada uno de ellos, cosa que tenemos preparada para dar a conocer en otra ocasión, aunque existe ya un estudio publicado en 1932 por el joven doctor Ernst Schäfer<sup>28</sup>, en que se recoge la copiosa, copiosísima literatura a que ha dado lugar el «opus poeticum» de Dámaso. De algún mártir, como de San Eutiquio, no se ha conservado ninguna referencia antigua fuera del epigrama damasiano.

Sobre otra característica de esos epigramas, menos estudiada, queremos ahora hacer hincapié: sobre su carácter monumental.

Ihm, el autor de la primera y única edición moderna de esos epigramas, pudo dedicar poca atención a su paleografía, pues en su tiempo, hace 50 años, aun no era fácil ni cómodo el examen de vista de cada una de las lápidas que, según hemos dicho, se hallan en gran parte dispersas por las catacumbas de Roma. Casi se limitó a repetir lo que sobre ello había escrito de Rossi, el genial maestro, el organizador de la arqueología cristiana en el siglo pasado. Durante los dos años de estudios en Roma (1925-1927) y después en sucesivas estancias más cortas he tenido la suerte de poder ver y examinar una y varias veces en los museos y en las lóbregas criptas, donde se hallan recónditos, todos y cada uno de los preciosos mármoles conservados y así he podido añadir un capítulo nuevo y original, en parte ya publicado, a la literatura damasiana, capítulo que altera radicalmente las conclusiones establecidas por el gran arqueólogo romano.

En tres grupos se pueden dividir las inscripciones damasianas si nos atenemos a su tipo de letra: 1.º, poco numeroso, en el tipo corriente de la segunda mitad del siglo IV; 2.º, la mayoría, en un tipo especial creado expresamente para esas inscripciones por un artista, cuyo nombre nos es conocido, y 3.º, un grupo indefinido, en un tipo decadente, imitación más o menos feliz del tipo anterior.

— Todos habréis podido admirar alguna inscripción de los mejores tiempos del imperio romano, siglos I y II. Tipos de una claridad para la lectura, de una sobriedad en el dibujo, de una belleza en la disposición perfectas, insuperables. Los más bellos tipos de imprenta actuales, elzevirianos y sus similares los han querido imitar, viendo en ellos el ideal.

<sup>28</sup> E. SCHÄFER, *Die Bedeutung der Epigramme des Papstes Damasus I für die Geschichte der Heiligenverehrung* (Roma 1932). Hay que añadir, naturalmente, el importantísimo trabajo de Ferrua, excelente edición con abundantes notas históricas.

Este magnífico tipo de letra clásica fué degenerando en los siglos siguientes, de tal manera que en la segunda mitad del siglo IV el tipo dominante en centenares y millares de inscripciones conocidas está tan alejado de los modelos augusteos en perfección y belleza, como una escultura, bárbara lo está de las mejores creaciones escultóricas de la Grecia de Pericles. Por esto sorprende y casi desconcierta encontrar, entre tanta inscripción de arte adocenado y tosca factura de aquella cuarta centuria, unas pocas docenas de epígrafes, destinados todos a copiar los piadosos elogios, escritos por nuestro Dámaso en honor de los mártires romanos, que superan en la delicadeza del dibujo, en la variedad y en el contraste de los trazos recios o delgados, rectos y curvilíneos, y en la limpieza de la incisión a los más perfectos modelos de la Roma de los primeros Césares; aunque éstos los aventajen quizá en belleza por la majestuosa sobriedad de sus líneas. Podríamos hacer un parangón entre ellos con las más acabadas creaciones del barroco español de los buenos tiempos en comparación con las del más puro Renacimiento itálico que representarían a los clásicos romanos. Por esto hubiera sospechado que había sido español el artista de tales preciosidades, ya que ciertamente sabemos tenía sangre española el autor de los versos que iban a perpetuar, si no hubiéramos conocido las señas cabales de ese preclaro artista, que lleva un nombre griego: Furius Dionysius Filocalus. Por tres veces a lo menos dejó, con orgullo, esculpidos sus apellidos en los artísticos mármoles con una dedicatoria de devoción y afecto a su protector el santo pontífice español, así:

Damasi papae cultor atque amator  
Furius Dionysius Filocalus scribsit

el devoto admirador y amador de Dámaso papa,  
Furio Dionisio Filócalo, lo escribió.

leyenda escrita verticalmente en dos líneas a izquierda y derecha del epigrama damasiano.

Sabemos además que este artista el año 354 escribía un calendario de la iglesia romana, enriqueciéndolo con preciosas miniaturas, que representan en apropiadas alegorías los meses, las estaciones del año y algunas ciudades del imperio. El maravilloso códice se conservó hasta los tiempos del Renacimiento en que un curioso humanista,

Peiresh, copió una buena parte del texto y de las ilustraciones que aun se pueden admirar en la Vaticana<sup>29</sup>.

Con estos pocos pero sustanciosos datos forjó De Rossi la siguiente hipótesis: Aquel bellissimo tipo de letra, que llamaremos filocaliano, lo reservó su autor, Filócalus, exclusivamente para los epigramas de nuestro papa poeta, de tal manera que, muerto éste, lo varió de propósito en tipos mucho menos bellos y perfectos, aquellos que antes hemos calificado de decadentes<sup>30</sup>. Sería, como se comprende, una hipótesis muy honorífica para Dámaso, pero poco humana. No es verosímil que un artista quisiera mortificarse, en duelo por la muerte de su mecenas, con la *capitis diminutio* de afear sus propias producciones artísticas. No sabemos que entre los romanos existiera nada parecido a la bárbara costumbre oriental de la esposa que acepta resignada el *vivicomburium* al morir su marido, o de los cortesanos que se dan la muerte al fallecer su soberano.

La realidad no es tan legendaria. Después de un estudio atento y paciente de todos los epigramas damasianos y de todas las inscripciones de Filócalo, así como de sus imitaciones, hemos llegado a esta otra hipótesis mucho más razonable.

Furio Dionisio Filócalo fué un excelso artista de la pluma y seguramente del pincel, pero no un lapicida. Como calígrafo de arte consumado lo conocemos ya desde el año 354 por el mencionado calendario. Durante el pontificado de Dámaso, años 366-384, si no antes, entró al servicio de la iglesia romana y aplicó su arte caligráfico a las inscripciones que debían perpetuar los piadosos exámetros damasianos en loor de los mártires. En el conjunto debidamente clasificado de estas inscripciones auténticamente filocalianas se hace patente una evolución, una gradación de menor a mayor perfección técnica y delicadeza en el dibujo, que responde a una sucesión en el tiempo. Después que Filócalo produjo los mejores ejemplares, no es creíble ni admisible que él compusiera ninguno de los que hemos llamado decadentes y que De Rossi supuso esculpidos después de la muerte de Dámaso<sup>31</sup>. Más natural es lo contrario, que Filócalo muriese algunos años antes que el papa, antes del 384, y entonces, aun viviendo el santo pontífice, se grabaron algunos epi-

<sup>29</sup> Cf. Dict. d'Arch. et Lit. chrét. a la voz: *Filocalus* (t. V, col. 1594-1608) y a la voz *Calendrier* (t. II, figs. 1862 y 1863).

<sup>30</sup> Cf. «Anal. sacra Tarrac.» 2 (1926) 483-94.

<sup>31</sup> Ferrua en su edición no ha tenido debidamente en cuenta esta manifiesta evolución de los tipos filocalianos y admite la posibilidad de que algunas de las inscripciones imperfectas sean obra de la vejez del artista. Esperamos poner de manifiesto en otro trabajo lo infundado de esta hipótesis.

gramas suyos, a lo menos dos, por discípulos o lapicidas que habrían estado al servicio del artista pero que no tenían ni su inspiración ni su destreza y que, por lo mismo, imitaron muy defectuosamente el arte exquisito de su maestro. De ahí todo el numeroso grupo de inscripciones pseudofilocalianas que se insculpieron en los postreros años de la vida de Dámaso y durante los de su sucesor Siricio. Sería una ofensa atribuir alguna de ellas al delicado calígrafo griego.

Para no fatigar vuestros oídos con la exposición de pormenores que exigirían más bien copiosa ilustración gráfica, me limitaré a poner de relieve las dos características básicas en la evolución del tipo filocaliano: 1.<sup>a</sup> aumento proporcionalmente progresivo en el grueso o espesor de los trazos constructivos de las letras así como en la variedad y delicadeza de ápices o trazos accidentales puramente decorativos, y 2.<sup>a</sup> disposición cada vez más ingeniosa de las letras y espacios intermedios para lograr que la parte de la inscripción, compuesta de exámetros, variables en el número de letras y palabras, forme un perfecto cuadrilátero, es decir, que las últimas letras de cada exámetro estén en línea vertical, como las primeras. En un primer tiempo, el de tanteo, se deja que las líneas de los exámetros sean más o menos largas según sea el número de sus letras. En un segundo tiempo ya se logra que todas las líneas tengan la misma extensión abreviando, según normas corrientes, algunas palabras de los exámetros largos y aumentando los espacios blancos de los demasiado cortos. En un tercer tiempo se echa mano de los más variados y originales recursos: multiplicación de los nexos de letras o ligaduras, de letras en tipo menor inscritas en otras, o sobrepuestas, resultando una composición desbordante de movimiento y de gracia. Nada parecido se conoce en toda la lapidaria clásico-romana anterior ni posterior. Quién sabe si nuestra igualmente complicada lapidaria visigótica, a lo menos en numerosos ejemplares, aunque muchísimo menos artística, se inspiró en algún modelo filocaliano traído a la península por peregrinos de la Bética que visitaran las catacumbas.

Sobre todo es complicada en dichos tipos filocalianos la variedad en los detalles de los ápices o perfiles con que terminan y se adornan los palos de las letras, distintos según estén en la parte superior o inferior, a la derecha o a la izquierda, en el primero o en el segundo de los palos, en extremos sueltos o unidos a trazos horizontales, etc. Revelan a las claras el abolengo de un miniaturista de manuscritos.

Véanse en las láminas algunas ilustraciones de lo que venimos diciendo.

No es pues extraño que Filócalo hiciera grabar, en tres mármoles cuando menos, su nombre al lado del de su protector. Conocemos, es verdad, los nombres de otros lapicidas del siglo IV que insculpieron sus señas en las lápidas, pero ninguno que lo hiciera en forma tan distinguida y original, aunque tampoco ninguno de ellos ni antes ni después había inventado, por decirlo así, un alfabeto tan diverso de todos los corrientes, con características propias tan marcadas e inconfundibles. Aun hoy día entre el ingente cúmulo de fragmentos epigráficos de los cinco primeros siglos de nuestra era, que frecuentemente aparecen de nuevo entre las ruinas de la antigua ciudad de los Césares y de los papas, se distingue al primer golpe de vista cualquier fragmento filocaliano, por minúsculo que sea.

Pues bien, ese magnífico alfabeto, esas monumentales inscripciones fueron ideados y creados exclusivamente para los epigramas de nuestro pontífice, que quiso con ellos glorificar a los testigos de la fe cristiana.

Y no se vaya a decir que eso indica vanidad, ya que sus versos, poco felices, no merecían tan alto honor, pues Dámaso no se contentó con ensalzar a los mártires con sus exámetros, sino que éstos casi siempre venían a perpetuar la memoria de costosos trabajos de decoración, embellecimiento o construcción de las criptas o basílicas sepulcrales de los mártires en ellos celebrados. Y en la antigüedad no era vana soberbia sino bella y provechosa costumbre dejar el nombre en los monumentos debidos a la munificencia de quien así quería perpetuar su recuerdo, que es lo que hizo nuestro venerable pontífice.

En la colina vaticana emprendió grandes obras para canalizar las aguas que con la humedad profanaban el reposo de los restos mortales de tantos sepulcros agrupados en torno al del príncipe de los apóstoles, conduciéndolas a una fuente baptisterio, según nos describe en uno de sus cortos poemas.

Casi en el centro de la ciudad renovó o construyó la basílica de San Lorenzo, añadiéndole columnatas que cobijaban la biblioteca y archivos episcopales.

En casi todas las catacumbas construyó cómodas escaleras de acceso a los santuarios subterráneos, reforzó pilares y bóvedas, que amenazaban ruina o se habían desplomado, y ensanchó discretamente corredores y criptas para facilitar el culto a los mártires en los días natales o aniversarios. Después de las frecuentes devastaciones de las invasiones bárbaras, del traslado de las santas reliquias a las basílicas urbanas y, consiguientemente, de la acción demole-

dora del abandono multiseccular, eran en el pasado siglo montones de ruinas todas aquellas sagradas criptas y resultaba diflcil, por no decir imposible, la identificaci3n del santuario propio de cada m3rtir, del cual s3lo nos quedaban recuerdos literarios. Las m3s de las veces el rayo de luz, el documento revelador para discernirlo fu3 hallar algun fragmento de las inscripciones de nuestro papa, el gran «cultor martyrur» que merecidamente ha sido declarado patrono de las catacumbas y de la ciencia arqueol3gica cristiana.

Si el Pontificado, si Roma ha pagado dignamente con la instituci3n de dicho patronazgo lo que nuestro papa hizo por sus h3roes y por sus monumentos, Espa1a, que lo puede contar entre sus hijos, tiene contraída la deuda de que su obra y su gloria sea m3s conocida y estimada. Sea este s3lo intento el mayor m3rito y galard3n de mi modesto discurso.

# CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DON J. ERNESTO MARTINEZ FERRANDO

DIRECTOR DEL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN

Ilmo. SR. PRESIDENTE.:  
SRES. ACADÉMICOS.:

Cúmpleme hoy la misión honrosa de recibir en nombre de la Academia al admirado colega, el rev. Dr. José Vives, Bibliotecario-Director de la Biblioteca Balmes, en quien hemos de reconocer, en medio de su acentuada modestia, a uno de nuestros más eficaces propulsores de los estudios de cultura religiosa, encauzados dentro un estricto sentido de pulcritud y de probidad científica, tal como lo viene demostrando desde largos años con su ya densa producción, la cual abarca aspectos diversos de la ciencia (historia, literatura medieval, bibliografía, arqueología cristiana, etc. etc.) y, asimismo, al frente de los *Analecta Sacra Tarraconensia*, de los que hoy es digno director.

Todos habéis oído con sostenida atención el interesante discurso que acaba de leer en el que sin pesadez expositiva, no obstante la erudición acumulada, nos ofrece a grandes rasgos el actual estado de la investigación en torno de la figura insigne del papa San Dámaso, valorizando su estudio sobre la vida y las obras del sabio pontífice con una notable aportación y punto de vista personales. Noble afán del Dr. Vives ha sido demostrar —y de una manera convincente— el origen hispánico de San Dámaso, saliendo al paso de quienes, no obstante la concluyente prueba que aporta el *Liber Pontificalis*, intentan negarlo o ponerlo en duda. Tras esta serena demostración el Dr. Vives nos proporciona un resumido análisis de la significación del gran Papa al frente de la Sede Romana, así como de su personalidad literaria, saturada de fervor proselitista. El discurso del Dr. Vives constituye un avance del estudio más extenso y de

mayor alcance que proyecta sobre aquella noble figura de la cristianidad romana, honra ya indiscutible de nuestro solar ibérico. Se titulará este estudio: «Los epigramas-inscripciones de San Dámaso», edición crítica, acompañada de notas histórico-arqueológicas. Hemos de recordar que sobre el tema el Dr. Vives tiene ya publicado «Damasus i Filocalus» en los *Analecta Sacra Tarraconensia* (1926) y «Damasiana» en las *Spanische Forschungen* (1928). Todo hace esperar que la nueva obra constituirá un trabajo definitivo.

Gran figura ésta, la del Papa San Dámaso que con tan sincero amor y ahinco estudia el Dr. Vives. En San Dámaso no sólo hemos de reconocer al sensitivo *cultor martirum*, consciente de que «la sangre de martires es semilla de cristianos», no sólo hemos de reconocer al propulsor del espíritu y fervor de aquellos primeros cristianos de su tiempo por medio de sus estratégicos epigramas en las catacumbas de Roma, sinó también al iniciador clarividente dentro del campo y de la historia de la Archivística.

En efecto, cita el Dr. Vives, el verso significativo del Pontífice:

archivis, fateor, volui nova condere tecta.

(de los archivos he querido, lo confieso, construir nueva morada).

Estos versos el activo y emprendedor Papa los colocó en el arquivave de la entrada de la basilica de San Lorenzo, que por él se llamó *in Damaso*. Al lado de esta basilica organizó el culto pontífice los archivos de la Iglesia Romana, una vez restaurado el edificio por él mismo, ya sea a la memoria de su padre como *exceptor*, ya sea por su satisfacción propia personal, según se interprete el verso, y este último punto de vista es el del Dr. Vives. Estampado el nombre de San Dámaso al frente de tales archivos es desde este momento que se tienen noticias más concretas de los depósitos documentales de la Iglesia, de aquel *chartarius*, de aquel *scrinium ecclesiae romanae* que todavía pasará por largos siglos de vicisitudes y circunstancias difíciles hasta llegar a los tiempos de su magna y definitiva organización bajo el genio innovador del gran Inocencio III.

Hablemos ahora más concretamente de nuestro recipiendario. El Dr. D. José Vives nació en Vilabella, provincia de Tarragona, el 11 de enero de 1888. En su lugar de nacimiento efectuó su primera enseñanza hasta los doce años. A continuación cursó sus estudios de Humanidades en los Escolapios de Barcelona y en el Seminario de Tarragona; también estudió Filosofía y Teología en el Seminario de la primera de dichas ciudades. Al mismo tiempo, y como alumno libre, realizó el bachillerato y dos primeros años de Derecho en la

ciudad barcelonesa. Después continuó la carrera de leyes y la de Filosofía y Letras, Sección de Letras.

Discípulo del insigne Dr. Rubió y Lluch, y guiado por sus sabias explicaciones, comenzó a interesarse por los estudios históricos y literarios. Transcurrido un año de doctorado en Madrid, dejó terminada su tesis bajo la dirección de Menéndez Pidal sobre el tema: *Juan Fernández de Heredia*, tesis en la que estudia la vida, obra y formas dialectales, de este notable cronista del siglo XIV que llegó a ser gran Maestro de Rodas dentro de la Orden de San Juan de Jerusalén; la parte literaria la investigó el Dr. Vives en la Biblioteca Nacional y la histórica en el Archivo de la Corona de Aragón.

En años posteriores nuestro beneficiario estudió Filología clásica y antigüedad cristiana en las Universidades de Friburgo (Suiza) y de Insbruck y en el Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana de Roma, del cual fué uno de los primeros alumnos al ser fundado en 1925. Trabajó allí especialmente sobre las inscripciones filocalianas del papa español San Dámaso, acerca de las cuales publicó algunos artículos y tiene preparado el ya citado libro. También fueron tema de su estudio datos históricos y hagiográficos sobre las obras de Prudencio.

En 1937 le fué confiada la dirección de la Biblioteca Balmes, la cual ha ido enriqueciendo con el más selecto material sobre cultura religiosa, dotando así a la ciudad de un nuevo Centro de consulta, indispensable para los investigadores, centro que constituye un oasis de paz propicio al estudio, emplazado en medio del dinamismo urbano barcelonés. Por la misma fecha le fué confiada también la publicación de los *Analecta sacra Tarraconensia*, que pronto se colocó entre las publicaciones primeras de su clase que aparecen y han aparecido en España. Asimismo, por estos años, se dedicó de lleno el Dr. Vives al estudio y publicación de la *Bibliografía Hispánica*; con este motivo efectuó viajes diversos, aprovechando los veranos, a Friburgo de Suiza, a Friburgo de Brisgovia, y a Roma, recogiendo bibliografía.

Por diversos motivos viajó a menudo el Dr. Vives por Europa y principalmente por los países mediterráneos; asistió al Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Oslo en 1926; concurrió diversas veces a la asamblea anual de la *Görresgesellschaft*, en Maguncia, Colonia, Passau, Friburgo y Osnabruck. Visitó en peregrinación Tierra Santa y también Egipto, Constantinopla y Atenas.

Asistió al Congreso de Arqueología Cristiana de Ravenna en el año 1933, visitando en tal ocasión diversas ciudades del Adriático llenas de tesoros monumentales de la antigüedad cristiana.

Desde 1927 cultivó una íntima y frecuente relación científica con el Dr. Finke de Friburgo, que tan magnífica aportación ha realizado para la historia de la Corona de Aragón, y también con sus discípulos Dres. Willemsem, Vinke y otros que han sabido seguir ventajosamente la ruta que les marcó el sabio maestro.

Desde julio de 1937, hasta enero de 1939, estuvo en Alemania donde comenzó la revisión de la obra de Hübner: «Inscriptiones Hispaniae christianae», preparando una nueva edición. Actualmente han aparecido de esta obra los dos fascículos que la componen; titúlase: «Inscripciones Cristianas de la España romana y visigoda» y constituye un acabadísimo trabajo sobre la materia, pues, con los varios y muy cuidados índices que acompañan y valorizan la obra, proporciona una excelente orientación, un instrumento auxiliar inmejorable, para estudios ulteriores que le serán siempre agradecidos por los iniciados. Para completar esta obra todavía en octubre de 1940 realizó un viaje a Lisboa con el fin de recoger las inscripciones cristianas conservadas en Portugal.

No nos es posible detallar en este breve discurso la extensa producción científica del Dr. D. José Vives; por ello la insertaremos a continuación del discurso ya impreso. De momento diremos que la bibliografía del Reverendo Vives es suceptible dividirla en dos grandes grupos, uno relativo a cultura general religiosa y otro de estudios científicos más concretos. Los estudios científicos pueden clasificarse, a su vez en: 1.º Bibliográficos, 2.º Históricos y literarios de cultura medieval, 3.º De antigüedad cristiana y 4.º De arqueología cristiana. La labor científica más notable del Dr. Vives hay que reconocerla en estos últimos, que constituyen su especialidad y hacen considerar a nuestro recipiendario, como una de las primeras autoridades con que cuenta hoy España sobre materia tan erudita, pero que la modestia y la actuación silenciosa del Dr. Vives mantienen a éste en una discreta penumbra, lo cual demuestra la sinceridad de su labor.

Felicitémonos todos del ingreso en la Academia de este erudito activo y pulcro, de quien esperamos todavía largos años de labor fecunda en beneficio de esta entidad y de nuestra cultura en general.

## Bibliografía del nuevo académico Dr. Vives

### ESTUDIOS CIENTÍFICOS

#### 1. Bibliográficos:

- Bibliografía hispánica de ciencias histórico-eclesiásticas, *10 fascículos, de 1928 a 1941 con 11372 noticias* en «Analecta sacra Tarraconensia» 1928-1942.
- Bibliografía de Lengua i Literatura catalana, *dos fasc.* en «Anuari de l'Oficina romànica» 1929-1930.
- Literaturberichte del «Jahrbuch für Liturgiewissenschaft» 1927-1939, *sólos las noticias críticas de tema hispánico.*
- Revistas españolas de Ciencias históricas, en «Spanische Forschungen der Görresgesellschaft» 6 (1937) 1-29.

#### 2. Históricos y literarios de cultura medieval:

- Juan Fernández de Heredia, Gran Maestro de Rodas. Vida, obras y formas dialectales. Barcelona 1927, 72 págs.
- Un tractat eucarístich catalá del segle XV, en «Bon Pastor» 7 (1930) 400-410.
- Les galeres catalanes pel retorn a Roma de Gregori XI, en 1376 en: «Analecta sacra Tarrac.» 6 (1930) 131-166.
- Una lletra del Gran Mestre Heredia, en «Spanische Forschungen» 3 (1931) 129-140.
- Galeres catalanes enviades al papa Urbá V, en «Analecta» 8 (1932) 63-85.
- Andanças.e Viajes de un hidalgo español (1936-39), en «Spanische Forschungen» 7 (1938) 121-206.

#### 3. Antigüedad cristiana:

- L'Església en començar el segle IV, en «Analecta» 2 (1936) 29-60.
- Sant Agustí i els màrtirs, en «Bon Pastor» 8 (1930) 108-123, 298-308, 403-412.
- Acta et Summarium Concilii Ephesini in codice Barcinonensi contenta, en «Analecta» 7 (1931) 215-254.
- Els bes dels nounats i el baptisme, en «Bon Pastor» 6 (1932) 498-95.
- Sant Damas compatrici nostre, en «Paraula cristiana» 18 (1933) 303-323.
- Prudentiana, en «Analecta» 12 (1936) 1-18.
- Santoral visigodo en calendarios e inscripciones, en «Analecta» 14 (1941) 31-59.
- Consagraciones de iglesias visigodas en domingo, en «Analecta» 15 (1942) 257-265.

#### 4. Arqueología cristiana:

- Damasus i Filocalus, en «Analecta» 2 (1926) 488-95.  
Damasiana, en «Spanische Forschungen» 1 (1928) 98-101.  
Scoperta di una importantissima necropoli cristiana antica presso Tarragona, en «Riv. Archeol. cristiana» 4 (1927) 165-67.  
Filocaliana, en «Analecta» 5 (1929) 245-48.  
Una inscripció històrica dels màrtirs de Tarragona, en «Analecta» 9 (1933) 247-52.  
Inscripcions cristianes de la necròpoli romano-cristiana de Tarragona, en «Anuari Inst. Est. catalans» 8 (1927-31) 275-400.  
Ueber Ursprung und Verbreitung der spanischen Aera, en «Hist. Jahrbuch» 57 (1938) 97-108.  
Die Inschrift an der Brücke von Merida un der Bischof Zenon, en «Römische Quartalschrift» 46 (1938) 57-61. *El mismo artículo algo modificado*, en «Rev. Centro Est. extremeños» 13 (1939) 1-7.  
La Cifra XL nelle iscrizioni cristiane di Spagna, en «Riv. Archeol. cristiana» 13 (1939) 831-86.  
La necròpolis romano-cristiana de Tarragona, en «Analecta» 13 (1937-40) 37-60.  
Inscriptiones Hispaniae christianae. Cuestiones de datación, en «Spanische Forschungen» 8 (1940) 1-24.  
Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda. Barcelona 1941-42, viii-292 págs., 20 láms. y 1 mapa.  
Un nuevo grupo de inscripciones cristianas visigodas en el Museo etnológico de Lisboa, en «Archivo esp. Arqueología» (1942) 54-62.